

cargado de las Secretarías de Hacienda y Relaciones Exteriores; Gral. D. Ignacio Mora y Villamil el Ministerio de la Guerra, y no recuerdo exactamente al Ministro de Justicia.

Fungía Zarco, que había sido hasta entonces escribiente oficial muy secundario del Ministerio de Relaciones; y yo despachaba como oficial menor de Hacienda la Secretaría del ramo, aunque por ser diputado y no estar reunido el Congreso para pedir la licencia, no tenía título oficial.

Al descender la pedregosa y precipitada *Cuesta Chinita* la caudalosisima corriente humana que había salido de México, y destacarse bajo tendidos horizontes cercada de empinadas serranías y dominando verdes llanuras, el inesperado contrasentido de carruajes y caballos; trajes cortesanos, sombrillas, toldos, sorbetes y accesorios de lujo, confundiendo colores, equivocando conjeturas, provocando enigmas y patentizando dolores, no puede describirse.

Próceres y sirvientes, empleados y vagos, pispiretas alegres y madres de familia agobiadas con el niño que llevaban en brazos, la maleta y el plumero, el anafre para improvisar comida, y la guitarra, como esperanza muda de futuro solaz.

Allegados al inmenso desbordamiento, y matizando su colorido de un modo especial, marchaba en dispersión y como ganado trashumante enjambre de mendigos, vendedores de tortillas, bizcochos, frutas, etc.,

aparecidos de á pie y á caballo, y de indios que parecían brotar de entre la jarilla, las quiebras del terreno y las peñas.

Así penetramos á Querétaro, y las vertientes de aquella inundación se arremolinaban en las plazas, se escurrían por callejones y vericuetos, y estancaban en los suburbios de la ciudad, que conmovida y como convulsa de sorpresa, abría los brazos hospitalarios á los huéspedes, y encendía el tráfico y el ruido hasta sus últimos rincones.

Los mesones, las casas particulares, las accesorias y las chozas, hervían en forasteros, y viéndose que muchos quedaban sin abrigo alguno, se dispuso de los conventos, y aquellos santos retiros entraron, en un decir ¡*Jesús!* al holgorio y al trato mundano.

El Gobernador, alto, pálido, ceremonioso y seco, con sus ínfulas políticas y de mayordomo de monjas, procuró local para las habitaciones del Presidente y Ministros, y también para oficinas y cuarteles.

La casa de diligencias, entonces perfectamente servida y atendida, fué el centro de las personas más visibles y acomodadas, como Godoy, Muñoz Ledo, Cardoso, etc.

Otros próceres, con fama de rigurosamente económicos ó de corta fortuna, ocuparon el Carmen, marcándose entre los primeros Lacunza y Lafragua, y siendo de los segundos, Comonfort, Talavera y algún otro.

Los ricos de Querétaro hospedaron en sus casas á sus amigos de México, y los palacios, que así pudie-

ran llamarse, de D. Cayetano Rubio, Figueroa, Samaniego, Domínguez, etc., se declararon en festín perpetuo, obsequiando á los huéspedes.

Fondas y bodegones, puestos de comestibles y chimoleras, se multiplicaron en las plazas de arriba y abajo, calles centrales y camino de tierra adentro.

Los pollos cortesanos, fingiéndose turistas, aguerridos, valentones y campestres; las pollitas escrupulosas y asustadizas, con los modales de los *payos*, la burla de las encogidas queretanas, el tono del potentado labriego, la insolencia del fraile, molesto con la presencia de los irrespetuosos libertinos; la infinita variedad de trajes que formaban mosaicos caprichosos; la manta y el cuero, el *huipil* y la manteleta; el sombrero de petate y el sorbete; el pito y el tamboril del músico silvestre, la jaranita y el bandolón; el voceo del carcamanero y el quejumbroso grito de los tamales cernidos, todo formaba un conjunto sólo para visto.

Por la naturaleza de las cosas se formaron dos agrupaciones políticas, exageradas sin ser hostiles; pero en agitación continua.

Una de estas agrupaciones era la de la Paz, que se creía del Consejo é intimidades del Gobierno, y otra de la Guerra.

En la primera, sobresalían Lacunza y Lafragua, á quienes llamaban *principes de la Paz* y formaban tertulia en la casa de D. Víctor Covarrubias, personaje de cierta aristocracia, rumboso, sociable y obsequioso. Allí iban Lacunza y Lafragua á reforzar sus con-

vicciones con succulentas meriendas, aromático chocolate y bizcochos de los afamados de la población.

La Casa de Diligencias era el asilo de los partidarios de la guerra y ardía en disputas, y la imaginación y el patriotismo forjaba planes, ideaba batallas y otro Sinaí hacía resplandecer el derecho entre truenos y relámpagos.

En otra casa, Ponciano Arriaga, Pradel y Gabino Bustamante, y Villanueva D. Pío gozaban particular estimación como redactores del periódico que defendía la guerra.

A la vez que aquellos focos de sabiduría y patriotismo llamaban la atención de la República entera, como á obscuras, en una callejuela mal compaginada y estrecha que lleva el nombre de la calle de la Palma, en una casita baja, reducida y mal ajuareada, vivía yo con mi familia, si no rayano en la miseria, muy en estrechas con la escasez, las cuitas y las enfermedades.

La casuca tenía á la entrada un cuartito largo y angosto como caja de sombrilla; brillaban las paredes por su desnudez y blancura, y la puerta y ventanilla que daba á la calle, cuyo alféizar solía usarse de sillón de lectura, por la falta de marcos, bastidores y vidrios restrictivos de las libertades del viento.

Toscas sillas de tule, como incrustadas en el muro, un anecho tablón habilitado de mesa con mapas, papeles y libros, vasos con agua pura y ordinarios candeleros con bujías apagadas. He ahí el ajuar de Fidel y

el paradero de políticos fervientes en ciernes, militares científicos de uniformes raídos y mugrosos y próceres generosos y encumbrados que asistían benévolo-  
 \* los á aquella tertulia que iluminaba la inteligencia y perfumaban los más delicados sentimientos del patriotismo.

La tertulia era matutina, la presidía el Sr. Pedraza, fumando y haciendo rodar su purillo entre el índice y  
 \* el pulgar; Otero asistía con una provisión de bizcochos en los bolsillos del pantalón; Iglesias cabizbajo seguía á Otero, rascándose con el dedo menique su calva precoz.

Alejo Barreiro, con su mímica expresiva, daba batallas; Segura, á quien llamábamos la Mayenza, trazaba un plano en el ala de un mosquito, y Manuel Payno zurcía una leyenda fantástica y llena de sal, de un estornudo ó del alarido de un comanche ó del suspiro de una monja desesperada.

Con frecuencia se refería cada una á sus aventuras y campañas, y esto dió origen á la formación de los  
 \* *Apuntes para la Guerra de los Estados Unidos*, allí engendrados, allí corregidos y de allí desplegando sus alas vigorosas para recorrer el país sobre los recientes campos de batalla, produciendo á sus autores amarguras, duelos, quebrantamientos de huesos y odios entre la benemérita clase y el inmortal <sup>3/4</sup>, como llamaban los tunos al Gral. Santa-Anna.

La boga de que disfrutaba el Judío Errante de Eugenio Sué, lo conocido de todos y la manía de mucha-

chos de poner nombres á todo, venga ó no venga el caso, hizo que se acomodaran los nombres de la novela  
 \* varios de los redactores de los apuntes y que se llamaran «La familia de Renepont».

A los testigos presenciales de los hechos se encomendaron las relaciones de batallas, y á los que intervinieron de algún modo en los trabajos de otro género, de relaciones que eran examinadas, discutidas y  
 \* aprobadas ó reprobadas con la mayor imparcialidad.

Así es que los artículos ó secciones de la obra, pueden dividirse así:

Introducción, Prieto.

Origen de la guerra, Iglesias.

Rompimiento de hostilidades etc., Iglesias, con datos y mapas de Barreiro, Segura, Carrasco, y archivo, Arista.

Monterrey, Prieto, con datos de Manuel y Luis Robles, Ampudia y P. Llano.

Permanencia del Ejército en San Luis, Schiafino.

Abandono de Tampico, etc., Iglesias, Prieto, con datos de J. Barreiro.

Retirada del Ejército, Angostura, Prieto, con datos de Schiafino, Barreiro, Alejo Segura, Micheltorena.

Polkos y Puros, Payno.

Batalla del Sacramento, Urquidi y Muñoz.

Veracruz, Castillo Velasco.

Cerro Gordo y Orizaba, Urquidi, que fué el Ayudante de Santa-Anna.

Abandono de Perote y Olla. Urquidi, etc.

Presidencia del Gral. Anaya, Prieto.  
 México el 9 de Agosto, Prieto.  
 El Peñón, Prieto.  
 El Ejército del Norte, Iglesias, con datos de Schiafino, Barreiro y Segura.  
 Padierna, Prieto.  
 Puente de Churubusco, Saborío.  
 Convento de Churubusco, Saborío y Schiafino.  
 Armisticio, Iglesias.  
 Molino del Rey, Prieto,  
 Chapultepec, Garitas, etc., Prieto.  
 De los autores de los otros artículos, no tengo certeza, porque habiéndose hecho el Sr. Payno cargo de la conclusión y publicación de la obra, él coleccionó los últimos artículos, con los datos que le seguimos suministrando todos.

Trajín é instalaciones de familia por una parte; por otra, reuniones de patriotas incandescentes; por aquí, la miseria solicitando arrimo; por acullá, la juventud ideando placeres, por todas partes brotando industrias, celebrándose tratos, estableciéndose relaciones y afizando la extraordinaria galvanización que alentaba á la Ciudad Santa de tierra adentro, así llamada por sus muchos y magníficos templos.

Instalóse el Sr. Peña y Peña como Presidente, y aunque mucho muy sigilosamente se reanudaron las negociaciones de paz, comisionando al Sr. D. Luis Cue-

vas y al Lic. D. Miguel Atristain para que tuviesen sus conferencias en la Villa de Guadalupe con Mr. Trist comisionado por los Estados Unidos, de los que Mr. Polk era presidente en aquellos momentos.

Ahora es forzoso dar un paseo por la galería extensa, en que figuran los personajes que se hicieron visibles en este memorable desenlace de la paz y la guerra.

Era el Sr. Peña y Peña personaje monumental, y como quien dice, la encarnación de la ciencia jurídica.

Furia simétrica, rostro virreinal por lo ancho y grave, pecho fornido, ojos meditabundos, blanco y de colgante patilla y un continente lleno de majestad y compostura.

Su voz pausada, su toser imperativo y sus ceremoniosos modales, hacían de él un tipo que exigía veneración de los hombres del altar y del trono.

Visiblemente adherido á la paz, porque así se lo inspiraba su recta conciencia y la exagerada opinión del poder americano, sus consejeros predilectos eran: Pedraza, Lafragua, Lacunza, Riva Palacio y Rosa.

El círculo en que se hallaba le era extraño, su atmósfera había sido de abogados y elérgicos, sus grandes autores, el Rey D. Alfonso Justiniano, y las Pandectas, y sus ideales de Gobierno, de Fr. Payo de Rivera y el Conde de Revilla Gígedo.

Sin malicia y sin mundo, sin luz bastante en su cerebro para afrontar la situación, mantenía el poder como una ascua, pronto á soltarla.

Era fanático el Sr. Peña, y su presencia en una cantamisa ó monjió constituían una solemnidad, por lo mismo, sus relaciones con gente de iglesia eran numerosísimas.

El Sr. Peña y Peña nació en el humilde pueblo de Tacuba en 1789, hizo brillantes estudios en el Seminario, y ocupó puestos elevadísimos desde sus tempranos años. Casó con la Sra. Osta, hija de D. Miguel, de distinguida familia, y vivió muchos años en la calle del Calvario, frente á la Alameda.

Murió el Sr. Peña y Peña en 1850, y se le hicieron suntuosísimas honras.

En la vida íntima, era Peña y Peña dulce y amoroso; el Sr. D. Mariano Riva Palacio, que fué su pasante, le debió favores de padre.

Amaba con pasión á los niños y le encantaban sus travesuras, inclusive que se lanzaran á la fuente que estaba en el patio de su casa, calle de Corpus Christi, con todo y vestido.

D. Pedro M<sup>a</sup> Anaya. — Carnes como sólidas, rígidas y enjutas, alto, anguloso, seco, cutis amarillo y abolsada la piel del rostro, nariz roma, boca grande, lampiño como pergamino mojado, penetración y severidad en los negros ojos, pómulos salientes, franqueza y altas prendas pintadas en su ancha y elevada frente.

Una vez me preguntaban quién era D. Pedro Anaya y yo respondí, casi sin pensarlo, es un hombre de palo con un corazón de Angel.

Era serio y monosilábico; pocas veces, muy pocas,

se le vió reír. Se conocía cuando se conmovía, en una tosesilla seca que le era peculiar, y sonaba entre sus labios sin descomponer su fisonomía, como los acentos de un zorro de cartón.

Nació en Huichapan en 1795, sentó plaza de cadete en 1815, y apenas era capitán en 1821, al proclamarse la Independencia. Fué designado para la expedición de Guatemala, donde contrajo relaciones, y dejó un hijo. Era la personificación del honor y la probidad, de firmísimas ideas liberales; se separó de la carrera en las administraciones de Bustamante y Paredes, firmó el decreto de manos muertas, como Presidente del Congreso, en 1847, y conquistó lauros inmortales en Churubusco.

El Sr. Peña y Peña, á nuestra llegada á Querétaro, era el personaje culminante, á pesar de que su duración en el poder debía ser muy corta, y él, con su buena fe, la aceleraba procurando á toda costa y con diligencia suma la reunión del Congreso.

De mis apuntes de aquellos días, que copio en seguida, resulta que los personajes á quienes yo graduaba de más influyentes en el desenlace que iban á tener los sucesos, eran los siguientes, es decir, en lo ostensible para el público, en mi esfera, y según mi modo de juzgar las cosas:

D. Manuel de la Peña y Peña y D. Pedro M<sup>a</sup> Anaya, Presidentes.

Lic. Miguel Atristain y D. Luis G. Cuevas, Comisionados para el tratado de Guadalupe.

Comisión de Relaciones, encargada de dictaminar por la paz ó por la guerra (Cámara de Diputados).

Lics. José M<sup>a</sup> Jiménez, Teodosio Lares, Mariano Macedo, J. M. Lacunza.

Hablaron por la Guerra:

Lics. Manuel Muñoz, de Chihuahua; Trinidad Villanueva, de Jalisco; Ramón Pacheco Jalisco; Rodríguez, Prieto; Doblado, Guanajuato; Arriaga, San Luis; Cuevas D. José María.

Hablaron por la paz:

Gral. Micheltorena, Lares, Lacunza, Gral. Mendoza, Payno, Lic. Hilario Elguero.

Votaron por la negativa:

Aguirre, Arriaga, Dr. Juan N. Bolaños, Cañedo Anastasio, Cardoso, Cuevas, Doblado, Prieto, Urquidi, Valle Guillermo, Siliceo, Fernández del Campo, Granja, Herrera, Zavala, Mariscal, P<sup>e</sup> Jesús Ortiz, los diputados que hablaron por la guerra. (*sic*)

En el Senado sólo votaron por la guerra:

Lic. Octaviano Muñoz Ledo, Fagoaga, Ramírez Fernando, Morales, Robredo, Otero, D. Bernardo Flores, D. Miguel Atristain. Muy poco conocí y traté al señor Atristain. Rubio, pálido y de cabello lacio, los ojos espiando tras gruesos anteojos de oro, boca grande y nariz tosca y aguda.

Hablaba mal y monótono, y se distinguía por su probidad y circunspección.

Nació en Oaxaca, y tengo idea de que estudió en San Ildefonso, sin distinguirse como estudiante.

Cierta celebridad le vino de ser representante en los grandes negocios que tenían las casas de Mackintosh y la de D. Francisco Iturbe con el Gobierno, y de su matrimonio con una hermana del Sr. Canónigo Berazueta, de poderoso influjo en el clero.

Los intereses que representaba le ponían en contacto con el Gobierno, y de ahí nació su ingerencia con los tratados de paz. Santa-Anna le cobró particular afición y confianza, y dejó en su casa á su esposa, al emprender sus operaciones contra los americanos.

Hilario Elguero.....

D. Luis Cuevas.....(*sic*)

El Sr. Jiménez era nativo de Puebla.

Moreno, cabeza voluminosa, ojos saltones, anchas espaldas, cuerpo regular y macizo. Profundísimo en jurisprudencia y teología, hablaba pausado y metódico, con voz dulce y recalcando la *ll* como buen poblano.

En la tribuna distribuía lógico su discurso, encadenaba sus silogismos y producía su palabra reminiscencias de púlpito. En el trato familiar era chancero é ingeniosísimo, y con los amigos fino y obsequioso.

D. Teodoro Lares, carirredondo, pelinegro, coloradito, de anteojos y risueño, nació en Aguascalientes, hizo sus estudios en Guadalajara y se radicó en Zacatecas como Director del Instituto.

Grande era su erudición, escribía correcto y hablaba con acento pronunciado de payo, debilísimo de ca-

rácter y muy admirador de los prohombres del partido conservador, cayó en el imperio y le tocó representar papeles principales, siendo en realidad un colegial bien educado y sin mundo.

El Lic. Macedo, un *dandy*, un petimetre, un dije sin mancha ni arruga, afilegranado y como vaciado en un molde de perfecta elegancia.

Tez morena, mirada que dulcificaban los anteojos, negra y delgada patilla, voz dulcísima.

El primero en el acatamiento á las damas y personas de respeto.

Era el Sr. Macedo, á quien todo, el mundo llamaba D. Marianito, por cariño, nativo de Guadalajara, y no tenía el más leve resabio de payo, por el contrario, alguien le tachaba de atildado y ceremonioso, y que andaba de puntillas. Creyente cerrado, sus relaciones eran de gente de Iglesia y próceres políticos.

En la tribuna era metódico y templado; en los negocios de cálculo certero, y en el trato íntimo de finura incomparable.

Netamente pertenecía Macedo al partido moderado; pero tenía amistades íntimas que sabía conservar con exquisito tino y circunspección.

El bufete de Macedo era acreditadísimo, y cuando figuró en el Congreso, ya tenía gran reputación, aunque los exaltados le inculpaban injustamente como conservador, porque aunque liberal no seguía nunca bandera ni gustaba comprometer su independencia.

Ponciano Arriaga: al levantar el velo para exponer

este retrato, me siento incapaz por dos razones: la primera, porque soy parcial, parcial como con Cardoso, como Ramírez, como todos los que eran rayos de luz de mi misma alma y sangre de la vida de mis más íntimos afectos. Eso de «quien á feo ama hermoso le parece,» y cuando se ama lo hermoso ¿qué sucederá?

Por otra parte, las fases de la inteligencia y de las facultades de Arriaga eran muy variadas, y me acontece lo que al pasar por una galería de cuadros de distintos asuntos de autores eminentes: se ríe con los borrachines y los tunos de Goya, se deleita con las Madonas de Rafael y Murillo, se pone nervioso con las batallas de Salvador Rosa, tiembla con el naufragio de la Novara y se espanta con los fatidicos frailes de Zurbarán.

Así yo con Arriaga en su estudio, meditando silencioso, le admiro. En Guanajuato, desafiando á Arista, me espanta; contrariando el golpe de Estado de Comonfort, me arrastra y subyuga; me alegra en los fandangos de chinacates; en la tribuna me encanta; como patriota, es un bello ideal; como amigo, sin tipo con qué compararlo ni ternura con qué encarecerlo.

Nació Ponciano en San Luis, hizo allí sus estudios y desempeñó cátedras con grande lucimiento.

Entusiasta por la Independencia y apasionado por todo lo mexicano, dióse á conocer en unos toros de aficionados en que se formaron dos cuadrillas de toreros; una de españoles y otra de mexicanos.

En trajes de capitanes, en mil pormenores, se esta-

bleció cierta competencia que empeñó vivamente el amor propio de los unos y los otros.

Dióse la corrida: cada toro tocaba á cuadrilla diferente. El público se convirtió en facciones que aplaudían frenéticamente.

La cuadrilla de españoles, por su riqueza y por lo bien elegido de bichos y de diestros, estaba por las espumas.

Llegó su turno á los mexicanos, y picaron y capearon admirablemente, lloviéndoles flores, galas y agasajos de las lumbreras.

Al poner unas banderillas Arriaga, el toro matrero le siguió y acometió á la mala; iba á correr el banderillero, cuando oyó algún silbido de los españoles: entonces se volvió Arriaga contra el toro, con tal arrojo, con tal furia, tan inesperadamente, dándole con las banderillas y arrojándose sobre él, que el toro corrió espantado, gritando los espectadores ¡¡Viva México!! en medio de los palmoteos y las dianas.

Tal circunstancia le dió tal popularidad, que los más infelices tenían orgullo en ser amigos de D. Ponciano, quien siempre les servía con el mayor cariño y desinterés como abogado gratuito y como valedor incomparable.

Al estallar la revolución de Religión y Fueros en 1833, Ponciano estableció un periódico vehementísimo con otros estudiantes, y se hizo el periódico más decidido y sangriento cuando ya Arista estaba en Guanajuato prevenido contra las iras de Santa-Anna. El

periódico de los pronunciados le dijo á Arriaga intimidándole que esperaba que repitiera sus bravatas frente á los cañones de Guanajuato. Arriaga se alistó en la guardia nacional, marchó á Guanajuato, y en lo más empeñado de la sangrienta toma de Guanajuato, luchando temerario, gritó desde una trinchera: Díganle á Arista que aquí está Ponciano Arriaga el de las bravatas del periódico de Guanajuato.

Arista supo este rasgo de Arriaga á quien no conocía, y desde entonces conservó por él profunda estimación.

Alto, flaco, anguloso, de ojos pequeños, con rastros de viruelas en la cara, barba rala y cabello que descubría por hileras su calva, voz que salía dulcísima y vibrante de su dentadura blanca.

Era en extremo nervioso: subía á la tribuna desgarrado y vacilante, temblaba al entrar en acción como Marsena y pasaba su diestra sobre la frente como para arrancarle las ideas; pero insensiblemente su voz se aclaraba, su cuello se erguía, volvía el rostro á los lados y se encaraba con su auditorio: entonces no corría sudor, ni se precipitaba su elocuencia, procedía como por explosiones y pausas; pero en ideas tan enérgicas, tan contundentes, como el ariete que á cada golpe parecía derribar con estrépito el muro en que se defendían sus enemigos.

Y ese mismo hombre, entre sus amigos, condescendiente y humilde, alegraba la tertulia, animaba el baile y convocaba á los pobres para darles de comer en sus fiestas domésticas. Arriaga con Gabino Bustaman-



te y Pradel redactaban el periódico de la guerra en Querétaro.

Lic. D. Manuel Doblado. *Se alza el telón.* Al pie de una alta loma un pueblecillo juguetero y contento, su río de turbias aguas y sus manantiales numerosos, su torre estirando el cuello para ver la llanura y sus casitas bajas de puerta y ventana pintadas de blanco y con el frente empedrado.

Vese aquí y acullá un retazo de banquetta como anuncio de casa de polendas y uno que otro farol cuyos vidrios verdes parecen más bien cárceles que asilos de la luz. En las solitarias calles, transeúntes de calzón blanco, arrieros y mayordomos en caballos flacos y cuellos largos, tal cual hacendado con su manso caballo de silla guarnecida de plata, algún señorito en su cuaco brioso y relancista, y por Corpus y San Juan un coche de camino presidido de la remuda, con su camisa, flotando sus colchones y envoltorios en la tablilla y sus criadas debajo de la caja, en la hamaca, sacando las cabezas como nido de golondrinas.

Por poco que conozca nuestros pueblos el que esto leyese, completará el cuadro con cerdos vagabundos recorriendo las calles, asnitos sueltos en paseos tranquilos ó dando suelta á eróticos rebuznos y grupos de canes en solaces. Una que otra carreta que rechina al rodar trabajoso, un atajo de burros ó de mulas que arma polvareda.

En este teatro, allá por los años del Señor, de 1833, gallaba un chicuelo pobrísimo, pero de honrada fami-

lia, tan ágil para el piso, como listo para la riña, tan primer lugar en la escuela, como sin segundo para relatar la vida y milagros de Pedro de Urdimalas, como para monaguillo de la parroquia ó encantar á las ancianas oficiando el Vía crucis ó el rosario.

La pobreza había caído de plano sobre la familia de Doblado, al extremo de ocupar al chico en trabajos muy secundarios, y por los días en que voy hablando, su ocupación era cuidar una era en que tenían sus padres una poca de cebada y frijol.

Por ese tiempo hacía su visita y pasó por aquel pueblo, que no era otro sino San Pedro Piedra Gorda del Estado de Guanajuato, el celeberrimo Obispo de Michoacán D. Juan Cayetano Portugal, vecino de allí, á quien presentaron al jovenzuelo Doblado, como un fenómeno de talento y aplicación. Háblóle el Sr. Portugal, le hizo preguntas sobre sus estudios y acabó por darle algunas monedas, diciéndole: yo te bendigo en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo; tu serás uno de los hombres más eminentes de mi patria!

Aquella profesía elevó al quinto cielo la reputación de Doblado, de suerte que, cuando, en virtud de una ley del Estado de Guanajuato, se pidió á Piedra Gorda al niño pobre que saliese de la escuela con mejores calificaciones, sin titubear se designó á Doblado, quien montado en un rocinante físico y averiado de las patas y del lomo, dejó el hogar paterno, en medio de las bendiciones y lágrimas de sus deudos.

A poco de estar en el Colegio, el bendecido niño de

Piedra Gorda ocupó el primer lugar en su cátedra, y se distinguió por su facundia en juegos y travesuras, su complicidad en robillos de despensa, su complicidad en amoríos y su tipo reservado, audaz, ambicioso, sutil y manirroto.

El colegial avanzaba rápido en sus estudios; era, sin pretenderlo, consultor y caudillo; pero la escasez le tullía, la hambre le acogotaba, y aunque despejado y arbitrista, no le hallaba punta á la hebra del socorro de sus necesidades.

Una noche que brillaba la luna, alumbrando el juego de pelota del colegio donde se hallaban varios muchachos, oyendo contar cuentos, pasó sin duda una inspiración singular, tras el cristal de la sorprendente inteligencia de Doblado, y exclamó, oyendo algo estupendo... eso lo pasé yo la quinta vez que me morí.

—Cómo andamos ahí; dijeron algunos.

—Lo que Uds. oyen, mucho más extraordinario.

—¡Cuenta! ¡cuenta!...

—Con dos condiciones.

—Veamos cuáles.

—La primera, que al primero que interrumpa con impertinencias se le expulse de la rueda.

—¿Y la segunda?

—Que si agradare mi relación y quieren que siga, me han de dar algo para mis gastos, correos y papeles que necesito. ¿Convenido?

—Convenido.

—Pues atención.

Y los chicos formaron rueda en el suelo, y enmudecieron, oyéndose en el más profundo silencio los gritos y ladridos lejanos de fuera de las tapias del colegio.

—Yo realmente desconozco mi origen, ni sé quienes fueron mis padres; presumo que vengo del polo Antártico y me consta, como probaré á su tiempo, que Dios me concedió el don especialísimo de resucitar después de sepultado, en otra tierra, con otro nuevo nombre y en nueva infancia, juventud y vejez, corriendo en cada renacimiento nuevas y maravillosas aventuras, con la facultad de recordar lo pasado con toda claridad, como lo van Uds. á ver, si me prestan atención; de suerte que los prodigios, el viento y las tempestades, sus arcanos, la tierra, sus milagros, las aguas y sus intimidades, cavernas y subterráneos, me han confiado. En estas variadas facetas de mi vida, he sido trovador y guerrero, sacerdote de sectas distintas, marino y aeronauta, ajusticiado por perverso, y á las puertas de la canonización por santo milagroso. Amante apasionado, esposo feliz, viudo inconsolable... En fin, lo he sido todo y de todo quiero informaros... cesando por ahora porque me encuentro fatigado, y algunos recuerdos anublan mis ojos de lágrimas y embargan mi voz... Doblado calló, y el silencio sobrevino á su mutismo.

Al principio, los chicos quisieron interrumpir bur-lones, después escucharon, luego conmocionados cercaron al narrador. Su palabra era tan fácil, el colerido de